

ESCALADA

Paisajes narrados, 25

Ludwig Hohl
Escalada

Traducción de Rosa Pilar Blanco

editorial  minúscula
BARCELONA

Título original: *Bergfahrt*
© Suhrkamp Verlag Frankfurt am Main 1975

© de la traducción: 2008 Rosa Pilar Blanco
Revisión: Jaume Bonfill

© 2008 Editorial Minúscula, S. L.
Sociedad unipersonal
Portolà, 26 - 08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: mayo de 2008

Diseño gráfico: Pepe Far
Fotografía de la cubierta: © D. Belitz

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Winihard, Pol. ind., Av. del Prat, s/n, Mojà

ISBN: 978-84-95587-41-1
Depósito legal: B. 26.577-2008

Printed in Spain

Para Adolf Muschg

I

Un barco inmenso

A principios de verano, al clarear el día, en lo más profundo de los Alpes, donde se unen dos valles, sentadas en unas sillas verdes de hierro ante un café todavía dormido hay dos figuras a las que su indumentaria y equipamiento identifican como alpinistas (gruesa ropa de lana y sombreros de fieltro, mochilas, la cuerda enrollada que lleva uno de ellos, largos piolets y pesadas botas claveteadas; la historia transcurre en una de las décadas de principios de siglo). Esperan el autobús que los subirá un trecho hasta el valle vecino. Alto y flaco uno, con expresión de somnolencia en el rostro; de hecho, al cabo de un rato se queda dormido. El otro, para nada tan alto, de aire ensimismado, miraba sin parar hacia arriba, escudriñaba las cumbres de algunas de las montañas que exhibían su presencia resplandeciente, de inusitado poderío.

—¡Con tal de que venga! —murmuró con voz casi inaudible, o acaso solo lo pensaba en referencia a su acompañante dormido.

El plano valle, encajonado en lo hondo de altas montañas, ha alcanzado la apoteosis de la fecundidad: algunos prados segados aquí y allá, mientras los otros aguardan la siega, un mar variado de intenso verdor. ¿Cuántos conocen la magia que es capaz de desplegar al alba un fértil valle de montaña en esta época del año y con buen tiempo, una magia que entraña al mismo tiempo una suerte de poder y de indecible ternura, cargada de presentimientos? El poderío responde a la riqueza del verde, a la grandiosidad de las montañas, a la luz del cielo, demasiado intensa como para permitir que el cielo sea azul; el futuro azul espera detrás de una claridad blanquecina que se mueve despidiendo una luminosidad tenue, del color del estaño (el sol ilumina primero las montañas más altas, aún falta para que llegue aquí). Un vestigio de niebla en las hondonadas, el eco de una guadaña que resuena de vez en cuando en la distancia, la profunda calma del valle revelan, por el contrario, delicadeza, levedad, lo inefable. En el profundo verdor, surge un arroyo que resplandece aquí y allí con fuerza prometidora; para ser exactos, uno de los dos arroyos que se unen cerca de allí en algún lugar oculto entre los matorrales de color verde claro.

El paisaje es amplio, pues son dos los valles que alcanzamos a ver. Y en un pedestal de anchura infinita se alza de los dos valles el macizo montañoso al que

uno se ve obligado a mirar antes que nada: oscuridad de bosques primero en los niveles superiores, apuntado por paredes serenas, a veces pendientes formadas por cascajo, después por nuevas rocas, finalmente por glaciares, se alza hasta rellenar la cresta más alta que termina bruscamente en una pared casi vertical. La cresta, uniendo varias cumbres, se eleva sin lucha, inmaculada ante el vibrante fondo, ofreciendo el máximo contraste con la sierra accidentada, salvaje, caprichosa.

Así es la montaña vista a cierta distancia y desde abajo. En ella todo es pura escarpadura, serena e incuestionable victoria. La parte superior de su flanco, de ventisquero y lisa roca gris, de brillo suave, se asemeja a un escudo, a una coraza, a un trabajo delicado en acero o en plata. La figura alargada de esa sucesión de cumbres ante el cielo claro quizá también habría podido despertar la impresión de un barco enorme que no solo se adentra en un mar de tierra, sino en la eternidad.

II

Primer ascenso

Por la mañana se efectúa el primer ascenso a través del ralo bosque de montaña siguiendo un camino que serpentea, por una pendiente larga y empinada, transida por la luz y el aire, todavía fresca, aunque ya se sienten los primeros calores. Delante va Ull, detrás el alto y enjuto Johann, pero no avanzan del mismo modo: ambos van inclinados, pero más el primero, con movimientos más flexibles, casi un punto indolentes: es un buen montañero; el segundo, por el contrario, carece de flexibilidad, se afana con ahínco, como si tuviera que patear la montaña: es un mal caminante.

Pronto brota un sudor leve; les aprietan las correas de las pesadas mochilas, también en alguna parte de los zapatos, del cinturón o de cualquier otra prenda; el sonido uniforme de las rasposas botas claveteadas, del piolet sobre la roca y de las piedras al rodar, y el camino que parece no ascender hacen que la fatigosa marcha sea igual que la de otros muchos, que la de centenares de personas. Desde la nava les llega el murmullo

o ligero bramido de un arroyo, a veces no se oye, otras es más perceptible. Una hora, dos, más... el ascenso parece eterno.

Pero de repente las cosas cambian. La pendiente ha terminado, se ha convertido en una especie de hombro perpendicular a la montaña, que sigue hacia la falda en ligero desnivel. El bosque ralo ha terminado; sus árboles de hoja caduca se han ido sustituyendo cada vez más por abetos, que se yerguen, aislados y sin mucha fronda, en los prados; comienza la zona alpina.

Superaron los mil metros. Se había abierto una vasta panorámica. Se sentaron en el camino junto a un manantial, un regato que discurría entre las rocas, en medio de una ancha franja de prado que cruzaba el camino y subía en zigzag hacia el pie de un muro rocoso más grande e ininterrumpido que, un poco más arriba, reemplazaba las praderas. La temperatura aumentaba, pendiente y rocas irradiaban verdadero calor, no soplaba el viento y una paz maravillosa se extendía por doquier. A su alrededor la hierba de montaña, de un verdor más seco, más dura, más fina y menos alta que la hierba opulenta de los valles, invitaba al descanso. Mirando abajo, a la parte superior del valle transversal, al arroyo y más allá, un poco por encima de este, se divisaba un pueblecito de ensueño; ofrecía un aspecto

tan apacible, tan pulcro, descansando en esa noble tranquilidad que ningún pueblo posee realmente, suponiendo que se pueda decir que es real esa cercanía que le permite a uno convivir con una cosa, rozarla. Y el sonido del arroyo o pequeño río —o quizá de otros arroyos distintos— ascendía incesante, atenuado y melódico, desde la nava. Pero ahí arriba, junto a los blandos cojines de hierba adornados con delicadas flores, siempre las hermosas peñas, descansando eternamente, las unas de sombras azuladas, negruzcas, las otras resplandecientes, vibrando casi bajo el poderoso sol del mediodía, emitiendo una luz trémula.

—Tenemos tiempo de sobra; podemos estar aquí una o dos horas, si nos apetece.

Ull había abierto su mochila, sacó unas cuantas cosas. Johann, que también se había despojado de la suya, se sentó al lado y no se movió. Ull le alcanzó un jarro del agua clara, que vació en el acto y devolvió antes de quedarse de nuevo inmóvil.

—¿No quieres tomar nada?

—Comeré cuando lleguemos arriba.

—¿Arriba dónde? ¿Qué demonios quieres decir? ¿En el refugio, quizá? ¿Mañana, en una cumbre?

Un encogimiento de hombros por toda respuesta.

—Ya sabes que para un alpinista es esencial alimentarse bien desde el principio.

«Si dejas de comer, no resistirás», quiso añadir, pero se lo guardó para sí.

Es preciso señalar que en la vida cotidiana Johann, a pesar de su delgadez, era de buen comer. En París, en un pequeño restaurante, encargaba no pocas veces dos menús a la vez para él solo; por la tarde compraba trescientos gramos de queso que cortaba en unos veinte taquitos y se zampaba con la correspondiente cantidad de pan. No es de extrañar que el día anterior, cuando se hacían con provisiones en el pueblo, dirigiese la mirada a las latas de un kilo de carne de ternera, y Ull se lo desaconsejara (porque esas latas no se pueden comer de una vez y tampoco guardarse, es decir, constituían una carga innecesaria); después se demostró que se había llevado a escondidas tres de esas latas. Cuando Johann sufría un acceso de melancolía, lo que sucedía a menudo, su apetito no se mitigaba, sino todo lo contrario. Era precisamente eso lo que preocupaba a Ull. Insistió otra vez. Pero la respuesta fue la misma:

—Cuando llegemos arriba.

Al mismo tiempo esbozó un gesto desvalido con la mano frente a la inmensa e inabarcable elevación de la falda de la montaña.